



ANÁLISIS DE TEXTO

Una palabra tuya bastará para sanarme, dice el enfermo del Evangelio: una palabra nos sana y nos salva, una palabra nos puede manchar, un puñado de palabras nos pueden destruir como una salva de metralla. En la televisión, en el noticiario de las tres de la tarde, un locutor de voz perfectamente neutra enuncia acusaciones infames contra un hombre: dice su nombre y sus dos apellidos, bien claro, con la misma entonación con que pronuncia los nombres de las celebridades de la política o de los terroristas detenidos en Francia, dice que a este hombre un testigo anónimo le acusa de haber intentado besarle en la penumbra mercenaria de un bar de alterne, y que como el testigo se resistió o se negó el acusado intentó forzarlo para que obedeciera a su deseo. Esa noche, en el próximo telediario, o a la mañana siguiente, en el periódico, otro testigo también anónimo dice que el testigo anterior mentía, que en el club estaba demasiado oscuro para ver nada, y es posible que unos días después el testigo que primero acusó se retracte anónimamente y diga que en realidad había mentido, o que no se acuerda bien de lo que sucedió ni de la cara del hombre que intentó besarle, o que confiese que estaba muy bebido o que tenía la cabeza turbia de hachís. Ya da igual, desde luego. La difamación primera no puede ser borrada, y menos aún la sospecha turbia de que en el fondo de tanto lodo puede haber algo de verdad: el hombre que ha sido expuesto a la vergüenza pública delante de los millones de personas que miran al televisor a la hora de comer ha sido despojado de la presunción de inocencia, y sobre todo de ese derecho frágil y sagrado, el de la salvaguarda de su intimidad, el de su buen nombre.

Da pavor imaginarse qué sentiría si vió él también el telediario, si escuchó su propio nombre en la voz fría y precisa del locutor. Cómo se atreve uno a salir luego a la calle, a mirar la cara del quiosquero que le vende el periódico, buscando en sus ojos la señal no ya de la sospecha o del recelo, sino de la abierta acusación, al fin y al cabo lo han dicho en el telediario, y si lo han dicho por algo será, cuando el río suena agua lleva, agua o piedras lleva, dice otra versión. Sabíamos que la vida entre nosotros no vale gran cosa, que nos la puede arrebatar sin grandes consecuencias un pistolero iluminado, un atracador, un conductor temerario o borracho: tampoco vale mucho ese preciado y anticuado tesoro, la dignidad personal, de modo que un periodista distraído o un enemigo o un aprovechado nos puede acusar de cualquier cosa que les apetezca, y desde el momento en que nuestro nombre se publique seremos culpables, y sabremos que ya no habrá prueba de inocencia que nos restituya ante los demás una consideración sin sombra de duda.

En el río revuelto de la miserable actualidad juegan con ventaja los traficantes del lodo. Si cualquier cosa puede ser dicha impunemente de cualquiera, quien gana no es la transparencia, y menos todavía la libertad de expresión: ganan los turbios y los corruptos, que así pueden confundirse con quienes no son como ellos, gana la mentira, que ya nadie considera que se pueda distinguir de la verdad. Para que los ladrones tengan la oportunidad de parecer honrados hace falta que las personas honradas reciban a veces un trato de ladrones, que se las lleve a los tribunales, que se las fotografíe subiendo por la escalinata del juzgado. O ni siquiera eso: basta un rumor, una acusación en el periódico. No importa que al cabo de algún tiempo se reconozca oficialmente que no existió el delito: nadie hará mucho caso, nadie va a pedir cuentas a los embusteros. Pero sólo quien lo sufre puede conocer el dolor de ser difamado, de ser acusado injustamente, arrojado por la arbitrariedad de un juez o por las grandes letras de un titular de periódico a una ignominia de la que ya es posible que no se libre nunca del todo. Al que tiene las manos sucias le da igual ensuciárselas un poco más. Es el inocente el que recibe el daño sin remedio, el que ve que su vida se malogra y se rompe por algo que no hizo, por lo que otros dicen con malevolencia o con simple y estremecedora frivolidad que sí hizo.

Hay quien se regocija con el espectáculo de la humillación de otros, quien disfruta añadiendo leña al fuego de la murmuración. Pero ya se ha visto que nadie está a salvo, que no hay vida lo bastante limpia ni dignidad tan sólida que no puedan ser enturbiadas para siempre por el veneno de unas pocas palabras.

1.- Preguntas referidas al texto (contestar ambas):

1.a.- ¿Cómo se benefician de la difamación los turbios, los corruptos y los mentirosos?

Calificación: hasta 1 punto.

1.b.- ¿Por qué la rectificación de las acusaciones difamatorias no deshace el daño que éstas producen en las personas?

Calificación: hasta 1 punto.

2.- Resumen del contenido. Calificación: hasta 3 puntos.

3.- Comentario crítico del texto. Calificación: hasta 3 puntos.

4.- Presentación formal del ejercicio por el alumno. Calificación: hasta 2 puntos.